

ENSAYO

¿MALESTAR EN LA CULTURA? ¿O LA TRAGEDIA DE LA MORALIDAD?

(Rev GPU 2015; 11; 4: 321-322)

Hernán Villarino

Ernst Jünger simboliza admirablemente nuestra época y la desoladora experiencia de sus alternantes generaciones. Cuando rememora los días en que fue movilizado para combatir en la Primera Guerra Mundial, dice que *Habíamos abandonado las aulas de las universidades, los pupitres de las escuelas, los tableros de los talleres, y en unas breves semanas de instrucción nos habían fusionado hasta hacer de nosotros un único cuerpo, grande y henchido de entusiasmo. Crecidos en una era de seguridad, sentíamos, todos, un anhelo de cosas insólitas, de peligro grande. Y entonces la guerra nos había arrebatado como una borrachera. Habíamos partido hacia el frente bajo una lluvia de flores, en una embriagada atmósfera de rosas y sangre. Ella, la guerra, era la que había de aportarnos aquello, las cosas grandes, fuertes, espléndidas. La guerra nos parecía un lance viril, un alegre concurso de tiro celebrado sobre floridas praderas en que la sangre era el rocío. [No hay en el mundo muerte más bella...]* ¡Ah, todo menos quedarnos en casa, todo con tal de que se nos permitiese participar!

A lo largo de la historia reciente muchos otros también henchidos de entusiasmo, anhelando cosas inéditas y arrebatados como en una borrachera han corrido tras sus propios ideales, tales el fascismo, el comunismo, el liberalismo, el socialismo, el desarrollismo, el nacionalismo, últimamente el etnicismo, la Nueva Mayoría, etc., pero también todos, como Jünger, han terminado defraudados, desengañados y hundidos en una ciénaga de crímenes, sangre o corrupción.

Si todos los trayectos, a pesar de iniciarse en puntos antagónicos, concluyen siempre en el mismo agujero negro es porque prevalece algo más que el puro

azar o la mala suerte. Una cierta fuerza atrae todas esas manifestaciones sobre un centro único de colapso y homogeneización. Hay un algo necesario, imperativo, que debiéramos descubrir.

Pero, ¿buscamos acaso una ley física, biológica, psicológica, económica, etc.? A juicio de Hegel, se trata de la moralidad. Es mérito suyo haber visto el sombrío panorama del presente antes de que irrumpiera, y haber descrito su origen necesario. A comienzos del siglo XIX, en unas cuantas páginas de la Fenomenología del Espíritu quedaron comprendidos, y casi retratados, los dos siguientes siglos de la historia humana. Lo posterior no ha hecho más que pintar los detalles donde se cumple lo pavoroso e inexorable aprehendido allí.

La sustancia ética, para Hegel, es la coincidencia entre la ley pensada, que como toda ley es objetiva, universal y necesaria, y la autoconciencia, que es subjetiva, particular y contingente. Esta sustancia es la difícil y casi imposible identidad entre la ley y la subjetividad, entre lo particular y lo universal, entre lo necesario y lo contingente, y a juicio de Hegel solo ha existido en un pueblo histórico, a saber, entre los griegos. Pero se dio allí como una gracia divina, no fue propuesta por los mismos griegos, solo se encontraron en ella, y por lo mismo, porque no la habían construido, tampoco la entendían y se debía disolver. Su descomposición significó que el sujeto dejó de universalizarse en la ley y la ley de encarnarse en el singular, o que lo universal y necesario ya no fue encontrado ni reconocido por la subjetividad. Pero si la ley no es objetiva ni universal hay que sacarla desde uno mismo; claro que esa nueva ley, llamada ahora moral, desde el origen está

impregnada de subjetivismo y contingencia, es decir no es ninguna ley.

Quien encuentra en sí mismo la ley es el hombre moral, pero como no la ha hallado en el mundo se la inventa y como la tiene por ley cree también que vale para todos. La ley moral, la ruinosa moralidad, históricamente ha adoptado tres formas que están vinculadas entre sí. En primer lugar la del sujeto del placer (la obra de Freud es una larga crónica de esta figura hegeliana de la moralidad, es decir, la del individuo que cree que la vida está regida por el principio del placer, pero la inviabilidad radical y la consumada desdicha de un sujeto tal fue perspicazmente comprendida por el vienés al comprobar que aquel principio se asociaba invariablemente con el afloramiento de una pulsión de muerte, o del deseo de morir). En segundo lugar Hegel describió la ley del corazón y, por último, la de la virtud. Solo nos interesa la segunda, porque es ella la que nos manda hoy en día.

Nace esta ley cuando, conmovido frente a lo mal que anda el mundo, rendido a un orden que oprime la individualidad y bajo el cual padece toda la humanidad, el corazón opone su propia intención, pureza y bondad. Pero no se trata de una reacción sentimental, lo que el corazón pretende es ser la ley misma, y que su placer por lo tanto sea simultáneamente el placer de todos los corazones. Sin embargo, dice Hegel, la individualidad aún no se ha desplazado de su sitio y la unidad de ambos (de lo singular y de lo universal) no se ha realizado aun a través del movimiento mediador entre ellos, no es todavía el producto de la disciplina. No obstante, la realización de esta esencia inmediata no disciplinada se justifica así misma tanto por su excelencia como por su aspiración al bien de la humanidad.

El corazón entonces se introduce en la realidad, es decir, Jünger llega al campo de batalla. Pero si bien la ley del corazón ha devenido orden universal bajo el que viven todos los hombres, con ello descubre su propia contradicción: deja de ser ley del corazón (inmediatez) precisamente al realizarse (mediatizándose). Ahora es una realidad para la que este corazón es indiferente

(Jünger puede con su corazón decidirse ir a la guerra pero no es su corazón el que decide lo que la guerra sea). El individuo que establece su propio orden, una vez objetivado, devenido ley universal, deja de encontrarlo como el orden suyo. La realización de su ley es una realización de lo indisponible, extraño y hostil.

En segundo lugar el corazón descubre también su propia paradoja: los actos del corazón, dice Hegel, deberían valer de un modo inmediato como lo universal, pero solo son algo particular revestido con la forma de la universalidad. Como cada cual tiene su propio corazón y los demás no encuentran plasmado en aquel contenido la ley del suyo sino la de un otro, se revuelven contra lo que este otro propone. El individuo, que al principio repudiaba la rígida ley bajo la que la humanidad oprimida yacía doliente, ahora encuentra contrarios a sus excelentes intenciones los propios corazones de los otros hombres, y abomina también de ellos. En esta inevitable dialéctica el generoso corazón se revela en realidad como egoísta, de modo que su esencia es de modo inmediato una no-esencia, su realidad inmediata una no-realidad y su ley una pura arbitrariedad. La ley del corazón, para Hegel, a la postre es desvarío, infatuación y demencia.

Hoy por hoy vivimos en un mundo saturado con las rectas intenciones y las santas leyes de tantísimos corazones (las que una vez realizadas los realizadores son los primeros en incumplir porque no se reconocen en ellas) pero, también, con la pugna insoluble de muchos y muy diversos corazones particulares. Es decir, vivimos en un mundo hobbesiano donde todos luchan contra todos por imponer su excelente y bondadoso corazón. Al fin de cuentas, la moralidad, que es la invención e inspiración de los corazones contemporáneos cuando se empeñan en justificarse, ¿no será el catastrófico epílogo de la humanidad? ¿O acaso en el último minuto percibirá la sustancia ética frente a la cual el corazón debe disciplinarse, no imponerse, y convencida de esta realidad dejará de mirarse el ombligo para contemplar aquello que la trasciende pero que está hecho con su misma sustancia verdadera?